

estilos: el preciso artículo dedicado á D. Joaquín
 Larra lazo de la, eligiendo las palabras de un
 eminente historiador, y el Pícaro á los Sonetos del
 Dr. Boscá. En ambos trabajos Sr. Boscá ha
 escrito con una gran habilidad y la misma sencillez del
 estilo, su limpia corrección, su mesura que los párra-
 fos de lenguaje de que está desahucadamente adornado,
 son prendas que justifican el buen nombre que el
 Sr. Boscá ha sabido conquistarse en el campo de
 las letras, y que le han hecho digno del título de Je-
 nérico de la Mexicana y de la Española: galardón
 que bien merece los que como él escriben con ma-
 llar y elegancia el idioma castellano y han con-
 tribuido á enriquecerlo con sus meritos literarios.



DISCURSO
 SOBRE LA
POESÍA MEXICANA

PRONUNCIADO EN LA
 CLAUSURA SOLEMNE DE LAS CÁTEDRAS

DEL
 INSTITUTO DE CAMPECHE

EL DÍA
 18 DE NOVIEMBRE DE 1866.



SEÑORES:

HACE una larga serie de años que periódicamente nos reunimos en este santo templo con el objeto de conocer y premiar los adelantos que la juventud hace en la carrera de las ciencias. A los antiguos actos literarios de Filosofía y Jurisprudencia del Seminario Clerical de San Miguel de Estrada, han sucedido estas solemnidades anuales, en que el Instituto, nuevo edificio levantado sobre las ruinas venerables de aquel, presenta á los alumnos que se han distinguido en los diversos ramos que les brinda una educación literaria más adelantada y más conforme con las exigencias de la época y el espíritu del siglo. Catedrático de una de

las nuevas asignaturas que se introdujeron al fundar este establecimiento, me ha tocado cumplir con el grato deber de dirigirlos la palabra en este día solemne. Deseando complacerlos, y conociendo mi insuficiencia para poderlo conseguir, he venido á hablaros de la poesía mexicana, que por ser un asunto nuevo y nacional, tal vez consiga interesaros y hacer que me escuchéis con la benevolencia que siempre os ha caracterizado.

Todos los pueblos de la tierra cuyos nombres están inscritos en las páginas de la historia universal, todos, han tenido su poesía. La poesía nació con la humanidad, y la ha venido siguiendo por su larga y tortuosa peregrinación, unas veces immortalizando el heroísmo, otras cantando el sentimiento y la virtud; y otras, en fin, y por desgracia, prostituyéndose, para adornar con sus flores inmortales, el vicio y el crimen.

Así, vemos en las primeras sociedades humanas, á los hebreos, al trasladar el tabernáculo á las cumbres del monte Sión, entonar los cantos del rey David, extasiándose con los ecos de esperanza que se

desprenden de su arpa divina; á los indios, identificando la poesía con la ciencia, estudiar al pié del Himalaya los dísticos del Código de Manú ó cantar algunos versos del "Mahabarata" en sus fértiles colinas de canela y de pimienta; á los griegos interpretando las sabias leyes de Solón, escritas en verso, ó repitiendo entusiasmados los cantos de la "Iliada" antes de marchar al sacrificio de las Termópilas; á los chinos pintándose á sí mismos en sus canciones populares recogidas en el *Chi King*, y al gran filósofo Confucio diciéndole á su hijo: "si no te instruyes en la poesía, si no te ejercitas en escribir en ella, no sabrás hablar bien;" á los romanos, esos felices imitadores de la Grecia, entre el bullicio de sus importantes conquistas, admirando á Caro que escribe en verso la filosofía, ó gozando con Catulo de las tiernas modulaciones de la lira de Safo.

Y si partiendo de estas naciones que son la cuna del antiguo mundo, atravesamos el Atlántico, y anticipándonos á Colón penetramos por las puertas de oro del Nuevo Continente, encontraremos sociedades admirablemente organizadas, con sus institu-

ciones políticas, sus costumbres, su religión, cultivando solícitas las ciencias y las artes. El Anáhuac, una de esas nuevas sociedades, la más importante, la más guerrera, la que tuvo por capital la bella ciudad que se retrata en el limpio espejo de sus lagos; la que sabía estudiar en el cielo el curso de los astros y dividir el tiempo científicamente; la que pudo construir pirámides tan célebres como las de Egipto; la que hablaba una lengua, que, como dice Boturini, en la urbanidad, cultura y sublimidad de las expresiones no hay otra alguna que pueda serle comparada; la que poseía un mito más bello y poético que la fábula griega, el Anáhuac, también tuvo como los demás pueblos, canciones para sus fiestas, poemas para sus héroes, himnos para sus dioses.

Los aztecas, de cabellos largos y lustrosos, que adornados con el penacho de vistosas plumas caían sobre sus desnudos hombros; los aztecas llenos de esmeraldas y de perlas que llevaban colgantes de las orejas, de la nariz y hasta de los labios, asistían á sus hermosos templos á oír el cántico religioso que los ministros del

culto, las sacerdotisas y los niños entonaban en honor de sus divinidades, ó á las juntas que estableció el célebre y sabio rey Netzahualcóyotl, digno émulo de Pericles y de Augusto, y que eran realmente academias públicas para estimular el ingenio y fomentar de este modo la poesía, la música y las otras artes.

Las representaciones dramáticas de los aztecas eran más bien unas pantomimas en que tomaban parte los cojos y los ciegos para contarse recíprocamente sus padecimientos, ó en que aparecían los personajes vestidos de animales que aullaban ó mugían en la escena, en lugar de comunicarse por el noble órgano de la palabra. No había argumento, no había moralidad, no había ideas. Eran representaciones muy imperfectas, como imperfecta fué también la *tragedia* griega, antes de Sófoles y Eurípides.

La poesía lírica no tenía en verdad la entonación épica ni las imágenes valientes y atrevidas de la griega, ni la cadencia y escolasticismo de la romana; pero en algunos fragmentos que se pudieron salvar, se nota, entre la rigurosa observancia del metro, pen-

samientos ingeniosos y profundos, alegorías y comparaciones muy significativas, y sobre todo, se nota originalidad. Se siente al oír la el perfume de los jardines flotantes, el murmullo apacible de los lagos: es tierna como la voz de la naturaleza y el corazón se dejaba influir fácilmente por sus ecos armoniosos. Uno de los súbditos del rey Netzahualcóyotl que estaba condenado á muerte por haber cometido un delito, compuso desde su prisión unos versos en que se despedía del mundo de un modo altamente tierno y patético: los músicos, queriendo salvarlo se los cantan al rey, y fué tal el enternecimiento que el monarca sintió al escucharlos, que concedió la vida al reo. Este hecho histórico, que nos refiere Clavijero, os manifestará, mejor de lo que yo pudiera hacerlo, lo que era la poesía azteca y la exquisita sensibilidad de que estaba dotado el corazón del sabio rey.

Sin embargo, al través de esa influente armonía, á pesar de ese velo de flores con que se adornaban los pensamientos, se advierte siempre en la poesía de los aztecas, algo triste, melancólico y meditabundo. Esa superstición, ese temor, ese no sé qué, que predo-

minaba siempre en su carácter y en sus costumbres, en su religión y en su filosofía; superstición y temor que los inducía hasta hacer penitencia antes de contraer matrimonio, y al contraerlo, en lugar de la corona de azahares, poner sobre las cabezas de los desposados el fatídico esqueleto de la muerte.

¿Cuál sería la causa de tan extraña superstición? ¿Presentirían quizá los horrores de la conquista? ¿Adivinarían acaso cuántas lágrimas tenían que derramar sus descendientes, y cuántas desgracias y calamidades habían de sufrir? Sí, lo presentían, y cada vez con más fundamento, porque los oráculos y la naturaleza misma les anunciaban una próxima catástrofe de la que no podía librarlos todo el poder de sus dioses. El corazón no los engañaba. Los vaticinios de la princesa Papantzin iban á cumplirse. El reloj inexorable del destino marcaba la hora de la destrucción de los pueblos aztecas.

Mientras que el afeminado Moctezuma II establecía las ceremonias cortesanas más exageradas, y al compás de la música, y como los Sultanes de Oriente se narcotizaba con el humo del ámbar y el tabáco, Hernán

Cortés siguiendo las huellas trazadas por el inmortal Colón, pisaba el territorio de Anáhuac y decretaba su ruina incendiando sus naves. Adelanta el osado aventurero español sin que baste á detenerlo la liberalidad cobarde del Sardanápalo azteca, y después de algunos heroicos y gloriosos hechos en que los aborígenes probaron que sabían defender el país en que nacieron, con patriotismo y valor, entra triunfante en la bella y majestuosa Tenoxtitlán, y para ser consecuente con los usos quijotescos de su siglo, embraza la rodela, desenvaina la espada y poniéndose en guardia toma solemnemente posesión de estas regiones en nombre de su rey, de su civilización y de su Dios....

¿Oís ese ruido imponente que se percibe á lo lejos? Lo producen los ídolos que caen, el teatro que se destruye, los templos que se desploman, las pirámides que se desmoronan. ¿Escucháis esos ecos melancólicos y tristes que arrancan lágrimas al corazón? Son de los aztecas, que, entonando los cantos de sus abuelos, huyen, como los antiguos galos, á refugiarse en sus bosques impenetrables.

¿Veis esos resplandores siniestros que fulguran en el horizonte? Son las hogueras de la inquisición encendidas por los conquistadores cristianos sobre el ara sangrienta de los sacrificios: sus llamas abrasadoras reducen á cenizas los cuadros, los lienzos, los cueros curtidos, el papiro de maguey, las flautas y los caracoles de los Aztecas. Removed esas cenizas. Allí yacen la historia, la pintura, la poesía, y admiraros, Señores, hasta la racionalidad azteca. Sobre ellas lloran las artes todavía vestidas de duelo, y maldiciendo la ignorancia y fanatismo de los conquistadores.

Una nueva era empieza para el desgraciado Anáhuac. Se habla otra lengua, se establecen otras costumbres, se funda otro gobierno, se construyen otros templos, se erigen otros altares, se adora otro Dios. Todo ha cambiado y ¿qué ha sucedido con la poesía mexicana? Nada, nada se escucha. Ni un solo acento. Los esclavos no cantan, los esclavos no se quejan, los esclavos lloran en las altas horas de la noche cuando duermen sus señores. La poesía mexicana fué entonces la poesía de la servidumbre,

la poesía de las cadenas, la elocuente poesía de las lágrimas.

¿Empezaba acaso con los conquistadores una nueva y más tierna y más adelantada poesía?

¡Nó! Miradlos jadeantes cavando la tierra, torturando y sacrificado indios. No cantan porque no piensan, porque no sienten, y solamente deliran con montañas de plata y oro. Los que tienen seco el corazón y ofuscada la inteligencia, no pueden tañer el arpa del profeta....

Se van disminuyendo los horrores de la conquista: al iracundo ceño del soldado sucede el apacible rostro del dominico ó del franciscano; en lugar de las voces de guerra, de los ecos atronadores del cañón, de los ayes de las víctimas, se oyen los dulces y persuasivos acentos del misionero; á la conquista de la fuerza sigue la de la inteligencia, y uno de los medios de llevar esta á buen fin, oídlo bien, Señores, porque esto dice mucho en favor de la naturaleza y gusto de los primitivos mexicanos, fué la poesía y el canto. Los cantos del venerable Sahagún, las composiciones de Don Francisco Plácido y los dramas de Don An-

drés de Olmos, que tan buen efecto produjeron, manifiestan que la religión católica se vistió con las armonías y la cadencia del verso azteca para introducirse en el corazón de los indígenas idólatras, é inflamarlo hasta el extremo de hacerlos estrellar sus ídolos groseros, para prosternarse ante el grande é infinito Hacedor de la naturaleza.

¡Oh suave, oh dulce, oh benéfico y santo influjo del melodioso lenguaje de Salomón y de David!.....

Adelantan los tiempos, se convierten al cristianismo más de las dos terceras partes de la población mexicana; se confunden las razas, se amalgaman los elementos; los conquistadores y los conquistados se unen, y nace una nueva generación, feliz engendro de dos civilizaciones opuestas, y con ella nace una nueva era, una nueva historia. Se levanta una juventud llena de inteligencia y vida, de ilusiones y de esperanzas; pero una juventud muda, y muda no por falta de ingenio y de talento, sino por falta de ilustración y de estímulo.

Un distinguido literato mexicano ha dicho otra vez que no hubo poesía mexicana en la época del gobierno colonial. En efec-

to, no la hubo porque no podía haberla: porque el ingenio no nace y se desarrolla cuando está oprimido por una mano de hierro; cuando no se le protege, cuando no se le asocia, cuando no ve dibujarse la imagen de la gloria en el cielo del porvenir; cuando no tiene patria, cuando carece de libertad.

La Nueva España cuidada por su conquistadora con el mismo afán y escrupuloso cuidado con que un avaro y viejo tutor cuida á su pupila joven, bella é inmensamente rica, no tenía comunicación con nadie: sus puertas estaban cerradas para todo el comercio de las otras naciones. Los únicos libros que se leían, eran los caros que nos venían de España, refiriendo las hazañas de Carlos V. y Felipe II. La incompleta educación que se daba á la juventud, sólo se conseguía con grandes sacrificios, porque no convenía ponerla al alcance de todos. El clero estaba encargado de la enseñanza que, se reducía á los conocimientos precisos para ordenarse ó para recibirse de abogado, las dos únicas carreras á que entonces se aspiraba con gran empeño. Pero á pesar de todo, el ingenio, que, como la luz, no puede ocultarse y sabe brillar barlan

do el cuidado de sus tiranos, produjo algunas poesías para manifestar que no fué inútil la visita que á estas regiones hicieron los jesuitas, los miembros de esa orden tan rudamente atacada, y á la que, sin embargo, debe tanto el estado político, filosófico y literario del mundo actual.

En esta época desgraciada, brillaron entre otros ingenios, Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. Ruiz de Alarcón, ese bello y refulgente astro cuya luz todavía ilumina el cielo de la patria; Ruiz de Alarcón, el hermano de Calderón y de Lope, el que en sus dramas llenos de filosofía, de gracia y de facilidad, presenta un noble argumento llevado siempre por la rigurosa observancia de las unidades y demás recursos dramáticos y entre versos cadenciosos y fluidos al más feliz y satisfactorio desenlace. Sor Juana Inés de la Cruz que, desde la humilde celda de su convento, cantaba como la paloma inocente desde su nido, para ser, con justicia, la admiración de los españoles y el orgullo de los mexicanos. Pero todas esas composiciones llevan impreso el carácter de la época en que se produjeron; porque la literatura, y sobre todo la poesía, es un espejo en que se re-

tratan las costumbres, la ilustración y las tendencias políticas y religiosas de un pueblo. En la nueva como en la antigua España, todo estaba sometido y dominado por el rey y el clero, así es que la poesía tiene ese olor á incienso que tanto se prodigaba en aquellos tiempos, principalmente por los que, desconociendo su misión divina, vendían su inspiración poniendo la lira á los pies de los poderosos.

¡ Todos esos fugaces meteoros que iluminaron nuestra larga y penosa noche de esclavitud, no podían hacer más que imitar la literatura española, y por esto sus producciones sólo son un eco, un reflejo de la poesía de la Península. No son, ni pueden llamarse propiamente poesía mexicana.

Desde donde debemos empezar á estudiar la poesía mexicana es desde el momento glorioso en que la colonia salió de una lucha desesperada y sangrienta para recobrar su independencia y soberanía; desde que los esfuerzos de Hidalgo y de Iturbide, hicieron renacer una nueva nación, que se llamó México; desde que el águila quebrantó las cadenas de la servidumbre, y volando hasta el cielo llevó en sus alas la inspiración de un

pueblo regocijado; desde que hubo glorias y héroes á quienes cantar; desde que el corazón amó porque tuvo familia, porque tuvo patria

Al emanciparse el pueblo mexicano, al sacudir el cautiverio, entonó como los Israelitas esos himnos espontáneos que nacen sin sentir y se evaporan como el perfume de los corazones libres; mas estas canciones de circunstancias, hijas de un entusiasmo tan natural como ardiente, dejaron de oírse, porque se apagaron con el ardor de las primeras impresiones patrióticas.

Cuando los pueblos septentrionales cayeron sobre la Europa para desmembrar el imperio romano y engendrar á las sociedades modernas, los elementos de la poesía latina se refugiaron en los conventos y de allí salieron más adelante para rivalizar con la literatura provenzal, y, con una poesía escolástica y erudita, establecer el clasicismo más intolerante. De la misma manera, cuando México hizo su guerra de independencia, la poesía española buscó asilo en los monasterios; y al enmudecer el pueblo, salió de los claustros con F. Navarrete y Tagle, para fundar un clasicismo que tenía

por modelo á los autores latinos y á los franceses modernos. Pero aun en esta época apenas uno que otro aficionado se consagraba al cultivo de las bellas letras, porque aunque México proclamó y consumó su independencia política, no hizo su independencia literaria. La enseñanza de la juventud quedó encargada á los mismos á quienes lo estaba en la época colonial, es decir, á los clérigos que tanto derecho tenían á ser considerados por los importantes servicios que prestaron á la revolución; pero el clero no estaba por reforma ninguna y de aquí que la educación, hasta muchos años después de la independencia, fuera muy incompleta; no se conocía el estudio de las ciencias naturales, ni el de la rétorica y poetica, á pesar de ser este país por su naturaleza y por su historia, eminentemente poetico. Pero sin instruccion, sin estimulo, sin porvenir, sin gloria, sin leyes que garantizaran la propiedad literaria, sin gobiernos que honraran el ingenio y el talento, los mexicanos, obedeciendo los impulsos de su corazon, volvieron á empuñar la lira y le arrancaron toda clase de acentos, desde los epicos hasta los liricos, esos que nacen del cora-

zon del pueblo, que se oyen en sus fiestas y que llevan impreso su caracter alegre, inteligente y suspicaz.

El clasicismo monacal, si puedo decir asi, quiso volver á dominar; pero fue en vano, porque los acentos de Victor Hugo envueltos en las armonias de Verdi habian cruzado los mares y penetrado en nuestra simpatica nacion; ya conociamos á Dumas, á Goethe, á Lord Byron, á Espronceda, y á Garcia Gutierrez; se habian roto las trabas que la literatura aristotelica ponia á la inspiracion, y los poetas mexicanos, proclamando la independencia del genio, gustaron todas las bellezas y las exageraciones de esa escuela, hija de la filosofia del siglo pasado y que se inauguro á principios del presente: el romanticismo. Las sociedades literarias, las academias de bellas letras y principalmente la de San Juan de Letran, los periodicos literarios *El Liceo*, *el Registro Yucateco*, *el Museo Mexicano* y otros, presentaron una nueva generacion de poetas, aficionados los unos á la severidad y gusto de los antiguos, entusiastas los mas por los modernos.

He aqui establecidas en Mexico las dos

escuelas literarias: ambas produjeron mil y mil flores que no se marchitarán jamás, porque inmortales serán siempre los respetables nombres de Couto, de Carpio y de Pesado que, con la Biblia en la mano, ese manantial inagotable de inspiración divina, nos parafraseaban el libro profético de los Salmos, el filosófico de Job, el sublime y apasionado del Cantar de los Cantares; inmortales serán los nombres de Alcaraz, Rodríguez Galván y Ortiz, los trovadores de la amistad, de la desesperación, de la melancolía y del amor; inmortal será el nombre de Guillermo Prieto, el poeta del pueblo, extravagante, desaliñado, incorrecto, pero derramando en sus sentidos versos raudales de poesía, de entusiasmo y patriotismo; inmortal será el nombre de Fernando Calderón que en sus dramas caballerescos puede competir con el autor del Trovador; é inmortales serán, en fin, los nombres de Tovar, Riva Palacio y Mateos que nos han pintado en la escena las costumbres con el laudable fin de corregir el vicio y ensalzar la virtud.

Y si me fuera permitido, ¡cuántos otros nombres ilustres os podría recordar que

también deben estar grabados en el corazón de los buenos mexicanos! Pero ya que no puedo extenderme, como desearía, permitid siquiera á mi orgullo peninsular que recuerde los nombres de Quintana Roo y Alpuche, de Trujillo y Calero, de Aznar Barbachano y Duque de Estrada, de Pérez y Cisneros: ellos nacieron aquí, se inspiraron en nuestras playas y en nuestros bosques. y con sus versos tejieron preciosa guirnalda que ha colocado en el altar de la patria el Dr. D. Justo Sierra, patriarca de la literatura yucateca, cuya memoria aun no ha sido bastante honrada por nosotros....

Rápida, muy rápida ha sido la ojeada que he podido dar á la historia de la poesía mexicana; pero ya habréis visto por ella que este no tiene un carácter determinado y constante: que es una poesía de ayer, una poesía niña y caprichosa, que ya es clásica y severa, ya expansiva, apasionada y romántica: que juega con la trompa épica de Homero, como con la flauta de Virgilio y Garcilaso; que goza con las extravagancias de Espronceda y se extasía imitando las sublimes concepciones de Quintana. Ha ensayado todos los géneros, los sigue ensa-

yando todavía, y aun no es dable caracterizarla con propiedad.

Este es el estado actual de la poesía mexicana. ¿Habrà quien se atreva á decirnos que no ha adelantado bastante? ¡Oh, sería una injusticia! Nuestra poesía ha adelantado mucho más de lo que se creía posible; y sus adelantos deben ser más apreciados, porque los ha hecho entre la sangre, el humo y los horrores de la constante guerra fratricida. ¿Adónde hubiera llegado la inspiración mexicana, si la candente política no hubiera secado el corazón de sus más felices hijos? . . . México, la nación ceñida y arrullada por dos mares, coronada con la nieve perpetua de sus altivos volcanes; la nación en que se respiran todos los aires, en que se sienten todas las temperaturas, en que se oye cantar á todas las aves, en que se puede aspirar el perfume de todas las flores, ¿qué poesía tendría hoy si desde su emancipación política hubiera extendido sobre ella sus blancas alas el ángel de la paz? Sería la nación más civilizada del Nuevo Mundo, el pueblo poeta, el pueblo artista, la Italia americana; y sus hijos pareceríamos una bandada de risueños que anida-

dos en el árbol de la patria entonaríamos el himno de la libertad y del progreso!

Pero ya que esto no ha sido posible; ya que un terrible y misterioso anatema ha pesado sobre nosotros; ya que no hemos podido quitarle á la lira nacional el negro crespón que la cubre, no desconfiemos para el porvenir. Hé allí una generación que se levanta; ella tal vez más dichosa podrá cultivar las bellas letras y crear una poesía verdaderamente nacional. Con elementos que no estuvieron á nuestro alcance, entrará esa juventud á reemplazarnos en el gran teatro de la vida: á ella le toca probarle al mundo que las musas moran al pie del Popocatépetl y en las orillas del Tezcuco, tan satisfechas y fecundas como en el Helicon y el Parnaso, la fuente Hipocrene y la Castalia.

Jóvenes que me estáis escuchando: levantad los ojos y miradme; yo quiero ver en vuestros semblantes los destellos del genio para augurar un bello porvenir á la poesía mexicana. Miradme; sí; sois hermanos de Duque de Estrada y de Aznar, debéis sentir en vuestros corazones el germen de esa inspiración ardiente y apasionada, hija del sol de oro de los trópicos y de nuestras

encantadoras y perfumadas noches de luna.

Cuando esta generación expirante os entregue la lira de la patria, quitadle el sudario de muerte para coronarla de laurel y siempre viva. Cantad el amor, la virtud, el heroísmo, la ciencia: las pasiones son la poesía del corazón y la ciencia la poesía del entendimiento.

El poeta no es como muchos creen el trovador errante que vaga sin estrella y sin destino. ¡Nó! Es más alta, más elevada y más sublime su misión sobre la tierra. El poeta es el que pone entre flores los mas áridos principios de moral y de filosofía; el que cantando corrige las costumbres; es el que hace llegar hasta el gran poeta del Calvario los himnos en que se evapora el corazón creyente; el poeta es, en fin, como ha dicho César Cantú, el órgano de las naciones; y, como la columna de fuego en el desierto, debe caminar delante de los pueblos para señalar la senda que conduce á la tierra prometida del orden, de la libertad y del honor.

DISCURSO

pronunciado al inaugurarse

LA ESCUELA NORMAL

PARA

PROFESORES DE ENSEÑANZA PRIMARIA

En la ciudad de México el 24 de Febrero de 1887.